



EL ECO DE CARTAGENA

AÑO XLVII

DECANO DE LA PRENSA DE LA PROVINCIA

NUM. 13632

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

En la PENÍNSULA: Un mes, 1'50 ptas.—Tres meses, 4'50 id.—EXTRANJERO: Tres meses, 10 id.—La suscripción se contará desde 1.º y 15 de cada mes.—La correspondencia a la Administración.

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN, MAYOR, 24.

VIERNES 3 DE MAYO DE 1907

CONDICIONES

El pago será siempre adelantado y en metálico ó en letras de fácil cobro.—Correspondientes en París: Mr. A. Lorette, 14, rue Rougemont; Mr. J. Jones, 31, Faubourg-Montmartre.

La Unión y el Fénix Español

Compañía de Seguros Reunidos

AGENCIAS EN TODAS LAS PROVINCIAS DE ESPAÑA, FRANCIA Y PORTUGAL
42 AÑOS DE EXISTENCIA

SEGUROS sobre LA VIDA. SEGUROS contra INCENDIOS.

Subdirección en Cartagena: VIUDA DE SORO Y COMPAÑIA. Caridad 4, principal.



DE MARINA

Los efectos de los torpedos

La catástrofe del hermoso buque acorazado «Juna» evidencia una vez más lo delirado y difícil del manejo de los elementos de guerra marítimos, en los que cada día toma mayor uso el explosivo violento en forma de mina hidráulica ó de proyectil lanzado por barcos ó elementos adecuados.

Son conocidos los detalles de la horrible explosión y aun se insinúan ya las causas. Esos vienen á confirmar lo que paulatinamente se va conociendo de la guerra marítima entre rusos y japoneses.

En la batalla de Tsou-Shima ocurrió un hecho bien significativo que han recogido en «extenso» las publicaciones técnicas.

El viñero acorazado ruso «Novain» tuvo que afrontar su marcha por efecto de las averías que se habían producido en las granadas de 30'5 lanzadas por los acorazados de Togo. Esto le hizo quedar rezagado con respecto al grueso de la escuadra y fué causa de que le rodeasen enseguida varios torpederos japoneses; algunos fueron echados á pique por la artillería rusa, pero uno logró acercarse á la popa del «Novain».

El torpedero fué visto cuando lanzaba un disparo y huía pocos minutos después. El torpedero estalló enseguida levantando sobre la popa del buque ruso una enorme columna de agua y produciendo en el «Novain» un terrible choque, que hizo caer aterrada á la tripulación, causando tales estragos en las partes vivas del casco, que todos creyeron era inevitable el hundimiento total é inmediato.

Como el pánico era muy grande y mayor la confusión la tripulación se precipitó sobre el puente en la mayor de las anarquias; todos creían que el naufragio se iniciaba ya.

Cuando el pánico era mayor en el «Novain» otro destructor se acercó al costado de estribor, y aunque fué acrobático á batallas, consiguió su objeto. Esto es, hervir de nuevo al acorazado ruso haciéndolo acostarse sobre dicha banda.

La tripulación comprendió que no había salvación; la anarquía llegó á sus extremos más feroces: injurias, lamentos, imprecaciones, lágrimas... Todos luchaban por ganar el puente, las superestructuras y la arboladura. Los que por su habilidad, ligereza ó valor alcanzaron la meta, se apoderaron de los flotadores chalecos salvavidas y boyas de salvamento.

Entre las sombras de la noche se dibujaron otros torpederos que, también con fortuna, hicieron blanco en el viejo «Novain» produciendo en él tales estragos, que pocos instantes después daba la voltereta y desaparecía en las profundidades del mar.

Los tripulantes que habían logrado salvarse de la catástrofe, vieron que aquellas sombras que tantas catástrofes producían, se alejaban sin preocuparse

de socorrer á los supervivientes y cuidarse no más que de hacer la persecución y el destrozo más extraordinario. Sobrevino el día; flotaban como medio centenar de marineros y dos ó tres oficiales. Vieron una escuadrilla de destructores japoneses y abrigaron esperanzas que acudidas en su auxilio. ¡Vana ilusión! Los nipones iban ciegos á rematar la victoria, sin importarles un ardite de los infelices supervivientes del «Novain», que poco á poco fueron sumergiéndose en el abismo.

El día tocaba á su fin y ya apenas si quedaban media docena de hombres vivos de los 700 que llevaba el barco, á pesar de que muchos de ellos eran aventureros reclutados de la gentuilla de los puertos del cruceiro, que no dejaron de contribuir con su incapacidad é indisciplinada al desastre.

Un torpedero japonés se aproximó al sitio donde había ocurrido la catástrofe, donde flotaban, azotados por las olas, los restos de las partes sueltas del buque. Estas partes, actuando de proyectiles por la violencia del oleaje, fueron matando á los pobres naufragos de los cuales sobrevivía no más que el marinero Sidof, que en triste situación fué recogido por los nipones.

CRÓNICA

Aires de afuera

M. Mille-Lacroix, ministro de las colonias de Francia, ha regresado á París después de hacer un rápido viaje á Londres. Este hecho así expuesto nada tiene de particular. Todo el mundo es muy dueño de viajar cuanto le plazca y como le plazca, pero si consideramos que el viaje del ministro francés ha obedecido al exclusivo objeto de estudiar detenidamente la administración británica en materia de colonias para compararla luego con la francesa, é introducir en ésta las modificaciones que aquel estudio aconseje, convendremos forzosamente en que el viaje de M. Mille-Lacroix entraña transcendencia suma para Francia, y un ejemplo á seguir para este bendito país nuestro, en que la rutina y la inercia han logrado algo más que acobinarlos.

No sólo hemos de aprender aún mucho en cuestiones de administración colonial, sino también en otros múltiples órdenes de la gobernación del Estado. Quizá el airecillo de fuera, que nos llega con la noticia del viaje de M. Mille-Lacroix, refresque un tanto nuestros cansados pulmones y nos excite á gozar del aire puro en que oficia de oxígeno la razón, de nitrógeno el estudio, de hidrógeno la buena fe, y de carbono la constancia.

Mas esta atmósfera resultaría seguramente violenta para nuestro estropeado aparato respiratorio. Por otra parte, ¡nos hallamos también en nuestra casa! ¡Cuándo se ha visto que el español de ahora viaje por su gusto como no sea para escaparse un momento á París, llevando en la mente, á modo de punto y resumen de su fuga, la imagen del Moulin Rouge, vista al través de una burda silueta de Tenorio?

Viajes de estudio, de confraternidad, de conquista civilizadora, no los realizados, ni siquiera dentro de nues-

tro propio territorio. La mayoría de los españoles permanecemos perfectamente extraños los unos á los otros. Nuestra mirada alcanza á la capital de la provincia, y, cuando más, á la capital de la nación. Los límites geográficos de la provincia, de la ciudad, hasta del pueblo, se convierten para nosotros en muralla de la China que apenas nos atrevemos á escalar cuando el hambre llama á nuestras puertas.

El goce de saber mutuamente de nosotros, de conocernos con los defectos y las buenas cualidades que nos distinguen, quedá reservado únicamente á los pocos espíritus refinados, ó á los simplemente mercantiles, de allende y de aquende el Ebro, quienes disfrutan en silencio del excepcional placer.

De este mal peculiar á catalanes y castellanos, vascongados y andaluces, gallegos y levantinos, navarros y extremeños no se libran, en buena lógica, los señores á quienes consentimos el lujo de gobernarlos.

Nuestros ministros no imitan á M. Mille-Lacroix. Nuestros ministros no han tratado ni conciben, tal vez, el heterogéneo país que rigen. Nuestros ministros limitan sus viajes por España al distrito que ha de darles la representación en Cortes. Nuestros ministros van á París ó á Londres á descansar de las rudas tareas del espinoso cargo.

Puede que al fin y á la postre los aires de afuera nos obligasen á movernos y á abandonar nuestra manía de aceptar el trabajo, el movimiento como recurso para obtener el descanso.

Pero yo no lo fío mucho en esos aires de afuera. Yo prefiero los aires de dentro, yo deseo que los aires regionales, rompan los ambientes de prejuicios estratificados que dividen la tierra española. Yo quisiera que de uno á otro confin de la Península se percibiera un constante flujo y reflujo de hombres,—distintos indudablemente en sus creencias, en su pensamiento, hasta en sus dolos físicos,—que al encontrarse se saludasen con la mirada del amigo y se despidiesen con el abrazo del hermano.

Nosotros quisiéramos que España viajase por España.

L. S.

El esperanto en Cartagena

Los trabajos del incansable propagandista Alfredo Saralegui, que tan

denodadamente ha luchado y continúa luchando por que arraigue entre nosotros el estudio de la lengua esperantista, que ha de servir de lazo de fraternal unión entre todos los humanos, va dando sus frutos.

Ya el grupo esperantista cartagenero, no se compone de cuatro amigos entusiastas por todo lo que significa cultura, civilización y progreso, sino que se ha aumentado de un modo tan considerable, que hoy figuran en las listas más de treientos socios, activos, estudiosos, enamorados del generoso Ideal de extender el bien por todo el haz de la tierra.

En Cartagena, se dan á diario tres clases, otras tres en Santa Lucía, una de ellas de señoritas, asistiendo unas veinte jóvenes; en el barrio de los Dolores, existen dos clases de Esperanto, siendo una de ellas también de señoritas.

Muy en breve, contará el grupo esperantista cartagenero con local propio, en el cual se instalarán nuevas clases y una biblioteca. La cuota que tienen que pagar los socios es bien modesta: cincuenta céntimos, destinándose la recaudación, casi en su totalidad, á la adquisición de periódicos y revistas esperantistas.

Las inscripciones pueden hacerse en la calle Mayor 18, imprenta, y en la Sociedad Económica de Amigos del País.

Fortificación de puertos y costas

Los periódicos de Madrid, y con ellos nuestro corresponsal en la Corte, dicen que el ministro de la Guerra general Loño, ha negado que los aumentos del presupuesto de Marina se destinen en parte para defensas fijas de los puertos y para las de «frente de costa», agregando que se ha estudiado los planes de reorganización de la Marina, y como complemento de ello, la defensa de costas, muy especialmente en las tres bases de operaciones marítimas que constituyen esta ciudad, Cádiz y Ferrol; pero estas defensas, cuyos previos trabajos de gabinete ha terminado el Estado Mayor Central, se construirán por el ejército, y el ejército las servirá y á su cargo estarán.

El general Loño añadió: «Y la prueba más inmediata de cuanto digo, es que en varias de esas obras de fortificación ya se está trabajando bajo la

dirección de nuestros ingenieros militares».

Dijo, por último el Ministro de la Guerra, que en este próximo verano pensaba visitar dichas obras de fortificación, empezando por esta plaza.

Estas declaraciones del general Loño han sido muy comentadas en el Ministerio de Marina, toda vez que las defensas proyectadas son las líneas de torpedos fijos y torpederos, defensas de competencia única y exclusiva de la Armada.

Los que se van

Pedro Platania

Italia ha perdido con Platania á uno de sus músicos principales, el príncipe del contrapunto.

Nació en Catania el 5 de Abril de 1828, y en 1843, á los quince años, se representaba en el teatro su ópera *I misteri di Parigi*. Pero sus obras de más valía fueron *Matilde Bentivoglio*, *Francesca Soranzo*, *Vendella*, *Slava* y *Spartaco*.

Del 63 al 1887 dirigió el conservatorio de Palermo.

Ha escrito varias obras musicales sobre fugas, y el arte musical antiguo y moderno.

Jorge Olayton

Ha fallecido en Londres, Jorge Olayton Hughes Armstrong, célebre periodista inglés y valeroso soldado.

Desde 1872 ha sido director propietario de la revista semanal, *The Globe*, y en 1881 fundó *El Pueblo*.

Fué un periodista notable.

Las fiestas de Agosto

CARTA ABIERTA

Mr. D. Luis Aguirre, Alcalde, presidente del Ayuntamiento de esta ciudad

II

Para esta segunda carta, le pido á usted, mi distinguido amigo, igual benevolencia que para la publicada hace algunos días. Y si que la necesito: distraer su atención con mi insulto palabrear sobre ferias y fiestas es, realmente, imperdonable. Sólo puede disculparme el interés que me inspira todo aquello que redundar puede en beneficio de Cartagena. Si así no fuera, créame usted; que no me ocuparía, ni en público ni en privado, de tal asunto. ¡Para fiesta está mi espíritu;

LOS PRIMEROS HOMBRES EN LA LUNA 225

el salto. Otra vez caí en medio de unas breñas, que á mi paso se deshicieron en fragmentos menudos como el polvo; en otra ocasión resabé y fui rodando hasta un hoyo, de donde me levanté lleno de contusiones y de sangre, y lo que era peor, desorientado respecto á mi dirección.

Pero todos estos incidentes no eran nada comparados con los largos intervalos, los horribles pausas durante las cuales volaba hacia el sitio por donde la noche iba avanzando.

Mi respiración era un continuo silbido, y parecía que cada vez que tomaba aliento me atravesaban los pulmones con acorados cuchillos. Los latidos del corazón resonaban dolorosamente contra mi cráneo...

En una palabra, todo mi ser era presa de una angustia infinita.

— ¡Dios mío! — me decía. — ¡Llegaré á la estera!

— ¡Acuéstate! ¡Acuéstate! — me decían mis sufrimientos y desesperación...

Cuanto más y mayores eran mis esfuerzos para acercarme al objeto deseado, más imposible é inaccesible me parecía éste. Estaba aturdido, jadeante, medio muerto, y apenas si sentía ya.

Por fin, vi la estera ya muy cerca.

BIBLIOTECA DE EL ECO DE CARTAGENA 222

cieran á un plan. Aunque estoy aquí herido é impotente, su aspecto me da buenas esperanzas».

— ¡Cator, siempre igual — pensé yo. Luego, con la ansiedad que puede imaginarse, proseguí la lectura:

«Ni me han lanzado proyectil alguno ni han intentado... herirme. Me propongo...»

Al llegar aquí volé el brazo izquierdo que rayaba el papel; en el reverso y los bordes se veían unas manchas oscuras... ¡Sangre!

Quedé allí estupefacto y perplejo, con aquella reliquia en la mano, cuando sentí el contacto de una cosa muy suave, ligera y fría, que se deslizo, al instante, al momento otro punto blanco apareció ante mi vista, y en lo sucesivo comprendí que eran diminutos copos de nieve, heraldo que anunciaba la terrible noche lunar...

Entonces me acordé de poner, levanté la cabeza: el cielo se había oscurecido casi por completo, llenando el espacio una creciente multitud de estrellas.

Volé los ojos hacia el Oeste, en donde la claridad del paisaje tomaba un tinte broncoado.

Hacia el Oeste observé que el sol perdía su color y su brillantez; espesas brumas blancas; creaban ya en la cima de la cumbre del cráter, en los troncos de los tallos de las vegetales y las rocas oscuras...

